# EN LA ESTELA DE ERASMO: AFORISMOS, APOTEGMAS, REFRANES

Fernando Romo Feito
*Universidad de Vigo*

Lo que sigue viene sugerido por un fenómeno del que supongo que todos somos conscientes. Advierto que cuanto digamos es provisional, pero justamente decirlo es la forma de comprobar si tiene algún sentido.

En la fachada de una ferretería de barrio, en Vigo, se puede leer: «Cuando tengas / momentos difíciles / recuerda que: / un diamante es solo un / trozo de carbón que / soportó una presión / extraordinaria». La disposición gráfica es importante porque implica la voluntad de destacar el mensaje, como un poema o una inscripción lapidaria, en fin, como algo que se distingue del hablar corriente. De un bar también de barrio, a la entrada: «Lo único / imposible / es aquello que no / intentas». Y ya dentro, en una columna: «Vive / cada instante»; «Sonríe cada / día»; «Disfruta / cada segundo».

No son solo mensajes murales. Las servilletas de papel de bares y cafeterías no pocas veces contienen textos breves o frases del mismo tipo. En un chat de aficionados al tango, cada día el administrador nos obsequia con una breve homilía previa al tango que comparte. Por ejemplo: «Sea una amistad o una relación, todo está construido a partir de la confianza. Sin eso, no tienes nada». Los contactos de *Whatsapp* son otra cantera: «…*minime credula postero*»; «El respeto es el fruto del AMOR» (*sic*); «*No feu soroll*»; «A tope con la vida»; «*Of course It hurts: the trick is not minding that it hurts*»; «*Senesco semper multa addiscens*»; «*He agápe oudépote ekpíptei* (I Cor 13, 8)».

Pero no sería sensato olvidar la ropa, sí, la ropa. La facilidad para la impresión de textos en camisetas de verano ha convertido a estas en portavoces expresivos y multicolores. De una camiseta: «*No bad decisions / great adventures*». Las hay con textos latinos: «*Aut bibat / aut abiat*», seguramente sin que su portador sepa que lleva encima la tradición de un género venerable, como es el banquete. Y las hay hasta con los versos primeros de la *Ilíada*, el juramento hipocrático, la portada de los *Principia* de Newton. Incluso podríamos recordar

las tazas de té o los tatuajes, aunque lo que afecta al cuerpo creo que merece un tratamiento específico. Pero sin duda corresponde igualmente al mismo impulso de estilización.

Como se habrá visto, el fenómeno se da en variedad de lenguas, desde el griego clásico hasta el español; en algún caso, reconociendo el carácter de cita. Con la peculiaridad de que las llamadas lenguas clásicas dejan de serlo para alternar en igualdad de condiciones con las modernas. En *Zenda*, Arturo Pérez Reverte bromeaba hace poco a propósito de este tipo de frases, omnipresentes, que le sonaban a manual de autoayuda: «Si no eres feliz es porque no quieres, gilipollas» (*2024*).

Con independencia de la forma sintáctica, todas tienen un tono más o menos admonitorio. Cuando no lo tienen por sí mismas, el realce a veces gráfico, otras, el lugar en que aparecen se lo da. Algunas hay que suenan vagamente a presunta sabiduría oriental, sea esta lo que sea. Desde luego, no las encontraremos en ningún repertorio de refranes, porque son… otra cosa. Algunas se pueden tomar por memes, otras prescinden de lo audiovisual y se sostienen solas, como puro texto.

Tres cuestiones se nos ocurren al respecto. La primera es si hay antecedentes para lo que nos parece la ubicuidad de este tipo de enunciados; la segunda, obviamente, si no son refranes, qué son y, en este punto, el del género discursivo, si la tradición anterior nos puede servir de alguna ayuda; y, finalmente, tal vez la más espinosa, la *quaestio juris*: si respecto de ellos podemos adscribirlos al género didáctico y hablar de literatura.

El *Quijote* servirá perfectamente para responder provisionalmente a la primera cuestión. Los refranes acuden a la boca de Sancho con tal profusión que llega a agotar la paciencia de su amo en no pocas ocasiones. Por ejemplo, en *DQ* II, 34: «—¡Maldito seas de Dios y de todos sus santos, Sancho maldito —dijo don Quijote—, y cuándo será el día, como otras muchas veces he dicho, donde yo te vea hablar sin refranes una razón corriente y concertada!». Esto no quita para que don Quijote multiplique sus consejos a Sancho, que está a punto de convertirse en gobernador (*DQ* II, 42-43). Cervantes no se contradice. Sancho es analfabeto y los refranes que él enhila, como dice Cervantes, forman parte estructural de la oralidad, cultura mayoritaria en los Siglos de Oro, aunque pesen más para nosotros los testimonios de la letrada. Mientras que los consejos de don Quijote son pura escritura, cuyo origen en la Antigüedad grecolatina las ediciones de la obra rastrean con mayor o menor fortuna. Y es importante tener en cuenta que obras como el *Quijote* —o antes la *Celestina*— no hubieran

sido posibles si sus autores no hubieran sabido embeberse de la cultura popular, oral, tanto como de la culta.

A la cultura letrada no le pasó desapercibido el peso y la importancia de los refranes. Y es que, en un momento de crisis como es el Renacimiento, los humanistas podían ver con superioridad y aun con desprecio a los villanos, pero no dejaba de atraerles su modo de hablar, en el que reconocían el estado de naturaleza. Y eso en España es así desde los *Refranes que dicen las viejas tras el fuego*, compilación atribuida al Marqués de Santillana y de las más antiguas, si este falleció en 1458; y tiene una magna manifestación en el *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* del maestro Gonzalo de Correas (1627), que intenta recoger la pura oralidad, como dice su editor moderno, Luis Combet. Pero interesa aquí dejar constancia de la doble línea, porque si los refranes tienen enorme peso en el *Quijote* y, mucho antes, en la *Celestina* o *La lozana andaluza,* por ejemplo, hay a la vez y en paralelo una labor recopiladora y comentadora, no solo de los refranes, sino también de las sentencias cultas, al menos desde los *Adagiorum Chiliades* de Erasmo (1508), en latín, de origen vario, muchas de las cuales se han incorporado a las lenguas europeas de cultura.

Así que podemos concluir, al menos provisionalmente, que estamos ante la versión contemporánea de parte de una larga tradición anterior y esta doble, la popular del refranero y la culta de sentencias, máximas y proverbios. Aunque no debemos pensar en una continuidad lineal, si vale aquello de que nuestra forma de relación con el pasado es la ruptura. Pues, en efecto, el refranero en la actualidad se puede decir sin exageración que está desapareciendo, según avanza la transformación general del idioma y la cultura en las que estamos inmersos. En cuanto a lo primero, me parece clara la tendencia actual a hablar en lo que podríamos llamar inglés traducido. No entiendo por ello la frecuencia de anglicismos, que también, sino la proliferación de solecismos, frases y rasgos de sintaxis ajenos a lo idiomático que son calcos del inglés. Es fácil ejemplificar: usos de 'un' como en 'X es un doctor', en vez de 'X es médico'; el uso de 'hombre' y 'mujer', perfectamente prescindibles en español, como en 'una mujer italiana', en vez de 'una italiana', sin más. Extrañas interjecciones como «¡ups!». Anteposición del adjetivo: ya no hay libros breves o cortos, son 'pequeños libros', incluso en secuencias de dos adjetivos. Pasivas: 'fue disparado' o 'fue abusado' en vez de 'le dispararon' o 'abusaron de él'. Se multiplica el verbo 'odiar' y se usa 'hacer' como proverbal equivalente al *to do* del inglés: 'X llegó tarde e Y también lo hizo'. El léxico se reduce: 'guisar', 'freír', 'cocer', 'escalfar', 'estofar', 'asar' se sustituyen por un universal 'cocinar' y, si acaso, 'hornear'. Y lo mismo vale para 'andar, pasear, deambular, vagar', que se sustituyen por un único 'ca-

minar'. O para lo que tenga que ver con muerte, crimen, homicidio, ejecución: ya no hay más que asesinatos. Lo mismo vale para los adjetivos: los positivos son 'dulce' o 'adorable', los negativos 'duro' o 'complicado'. Desaparecen las diferencias entre 'oír / escuchar`; 'ver' / 'mirar.' Una palabra malsonante, 'puto/a' se usa a modo de prefijo universal, incluso para frases enteras: 'el puto defender a España'. Los gerundios se multiplican, lo mismo que las coletillas como 'lo más del mundo'. Hay muchos más casos, pero el factor común es claro: de un lado, calco de las construcciones del inglés; del otro, reducción del léxico con exclusión de matices y variaciones que se simplifican en una sola palabra de uso general.[1]

A esta lengua en que se va convirtiendo el español corresponde lo que Martínez Marzoa llamó la «pasta» de estímulos a la que denominamos hoy cultura: crispada, instantánea, cortada de cualquier pasado o tradición, con potente tendencia a la conversión de cualquier cosa en espectáculo y parque temático. Ante la continuidad de estímulos, que no nos llegan, afectan o impresionan: *nos impactan*, la única forma de que estos lleguen es intensificarlos hasta el paroxismo. En semejante medio, no extraña la ubicuidad de la autoayuda y consejos de *resiliencia*: resistir adaptándose.

Se comprende que los refranes no hayan podido resistir el aplanamiento cultural y lingüístico de un mundo cuyos principales valores son el individuo y el presente, que se obsesiona con la identidad a la par que aplana toda diferencia. No es de extrañar, también ocurre con el léxico taurino. Es que corresponden a un mundo tradicional que desaparece y forman parte del español de ayer, del que está sometido a una erosión camino de convertirse en algo nuevo, en un proceso que nos hace pensar en el que llevó del latín clásico al vulgar. Mientras que, frente a los refranes, las frases que comentamos forman parte indisoluble de la actualidad. De forma meramente tentativa diríamos que son signos comunes a lo que algunos llaman la *anglosfera*, que se identifica con lo que se autoconcibe como el mundo libre y otros llaman el norte global.[2]

Ahora bien, llegados a este punto, es el momento de preguntarse por el género discursivo al que corresponden los enunciados que consideramos. Y

---

[1] Ciertamente, se trata de empobrecimiento expresivo, ante el que cabe la actitud censoria. Pero aquí buscamos más bien levantar acta del fenómeno e intentar comprenderlo. Al respecto, no está de más recordar que, si el latín vulgar limitó radicalmente las posibilidades expresivas del clásico, no dejó de producir monumentos como el *Satiricón* y luego las lenguas neolatinas. Quién sabe lo que será.

[2] Es significativo que historiadores como Mary Beard o Tom Holland insistan en que Roma pretendía hacer ver como barbarie cuanto era exterior a sí misma. *De te fabula agitur.*

para ello, volvamos un momento a la historia. Ya sabemos que no son refranes, tienen su origen en la escritura, solo que de muchos de ellos no se recuerda el autor. Pues bien, el Seiscientos asiste no solo a la labor compiladora que ya citamos, sino, sobre todo a la proliferación de colecciones de nueva planta y de autor conocido. Baste recordar el *Oráculo manual y arte de prudencia*, de Baltasar Gracián (1647). Estamos ante el aforismo.

E. Blanco (2006), intentando deslindar el género aforístico, ha repasado de forma útil la complejidad del problema. Recuerda en n. 1 la definición del *Espasa*:

> Es difícil deslindar cumplidamente la diferencia que existe entre aforismo y cada una de las voces: adagio, sentencia, máxima, proverbio, refrán, axioma y apotegma, pues todas ellas incluyen el sentido de una proposición o frase breve, clara, evidente y de profunda y útil enseñanza.

Lo que nos interesa aquí es la pluralidad de términos que se diferencian con dificultad; la concisión mayor o menor común a todas estas formas; y la pretensión de enseñanza de validez general, moral o filosófica, para su contenido. La tal pluralidad vale para nuestros ejemplos, porque si «*Of course It hurts: the trick is not minding that it hurts*» es cita directa de una réplica de Peter O'Toole en la película *Lawrence de Arabia*, «Sea una amistad o una relación, todo está construido a partir de la confianza. Sin eso, no tienes nada», valdría más bien como sentencia o máxima.

Pero nos fijaremos además en un par de rasgos que contrastan el aforismo con el resto y que tienen que ver con la historia del género: frente a los primeros, cuyo origen remoto se sitúa en autores de la Antigüedad cuyo recuerdo puede haberse perdido hasta citarse la frase en cuestión como un universal, por ejemplo, *homo homini lupus* privada de su contexto en una comedia de Terencio, el aforismo se debe a un autor que lo *ha sacado* —es el verbo— de su Minerva o de su obra anterior. Tal es el caso de los de Gracián en el *Oráculo manual.* El aforismo es, pues, de autor conocido. El segundo rasgo tiene que ver con un cambio general en la cultura del Seiscientos: el descrédito de la retórica y las demostraciones por el ejemplo frente a la apelación a la experiencia, apelación que, buscando la verdad, prefiere la concisión; una que ya no proviene de las fuentes sino del desprecio por los adornos innecesarios, pero que no renuncia a la agudeza. Se supone que el aforismo responde más bien a lo que podemos llamar la *nueva ciencia*, que triunfa frente a la razón humanística

amante de las autoridades clásicas.[3] El aforismo no pretende dar reglas morales sino apuntar a la verdad; es, pues, o se pretende filosófico y le distingue de otras formas que él «supera el lenguaje al permitir, con su formación elusiva, ir más allá de lo dicho» (Blanco, 2006: 26). Como ocurre, tal vez, con el que citamos al principio de estas páginas. De nuestros ejemplos se puede decir entonces que abrazan el conjunto de esta tradición, pues, si bien alguno es de autor conocido, otros no: sobre todo los que tienen que ver con la autoayuda de la que se reía Pérez Reverte. Habría que intentar deslindar unos tipos de otros, pero, de momento, nos mantendremos en notar la diversidad y fijarnos en lo común y general a todos.

Nos queda por intentar la respuesta a la tercera cuestión formulada antes. Quizá sea útil seguir un camino algo diferente para la definición del valor literario o no literario de estas formas. Naturalmente, si se piensa la literatura en términos de canon monumental establecido por la tradición, lo que estudiamos no tiene cabida en él. Los refranes de Sancho, los consejos de don Quijote cuentan en tanto que constituyen formantes del *Quijote.* Si se abstraen del contexto, cuentan como índices de una cultura, no más.

Pero si pensamos la literatura en términos de géneros y de gran evolución, si se prefiere, en términos de historia de la imaginación literaria, la cosa varía. Es el camino que propone Beltrán Almería (2017). Es más, en este segundo supuesto las que examinamos son formas del didactismo, género fundacional que se ve sometido a la tensión específica del momento histórico presente. Merece la pena recordar que hubo un didactismo tradicional, precisamente el que se expresa entre otras cosas en los refranes, hoy en trance de desaparición, y que, ya bajo la escritura, el didactismo será la contrapartida del patetismo, este último atento a la creación de héroes, aquel a la creación y despliegue de la conciencia (Beltrán Almería, 2017: 217). Así que podemos decir que estamos, hoy, ante la continuación sometida a nuevas tensiones de una tradición muy antigua.

Frente al héroe que siente del patetismo, el didactismo es la estética del héroe que aprende. En el género didáctico no hay, naturalmente, heroificación del yo que siente en una fábula. El héroe somos yo, autor, y tú, lector y, entre ambos, discurso estilizado. En algunos géneros didácticos se aprecia la impronta del yo; al menos es así en el ensayo. En nuestros enunciados hay más bien

---

[3] El *Discurso del método* de Descartes (1637) es elocuente: tres capítulos para repasar la educación humanística que él mismo recibió y otros tres para concluir la superioridad de la propia experiencia, que se aumenta viajando.

un sujeto que habla, pero, si tiene nombre, ya no cuenta; lo que cuenta es que una voz enuncia un saber procedente de la experiencia y que aspira a la validez, universal o personal. No hay argumentación, solo conclusión, que se expresa en forma concisa y, en ocasiones, metafórica, donde la metáfora sirve solo a la expresión precisa de una verdad; sí se aprecia, sobre todo en el caso de los aforismos, la propensión a la agudeza. Es decir, el discurso cuenta, porque no vale cualquier discurso para expresar la verdad, pero el acabamiento y elaboración de este lenguaje es mucho más relajado que, por ejemplo, el de un poema.

¿Hay algo en nuestros ejemplos de polemismo o dignificación, momentos que, junto a la ausencia de fábula, ha distinguido Beltrán Almería en el didactismo histórico (2017: 222-224)?

A diferencia de lo que ocurre en el caso de la lírica, el autor de estas frases no espera que coro alguno hable con su voz, pero apela al asentimiento sin duda ni vacilación alguna y confía en que el receptor del mensaje se sume al papel de portavoz. Siendo que se trata de verdades particulares, una cierta forma de polemismo podemos reconocer en el hecho mismo de la enunciación. El caso de las camisetas es obvio. ¿Y la dignificación? Con el aprendizaje la conciencia crece y el aprendizaje dignifica. Claro que quien ostenta o luce uno de estos mensajes no lo hace por pretender acercarse a *la verdad*, sino más bien a una verdad a su medida. La atomización de la conciencia es la contrapartida de una masificación innominada que siempre supera al individuo, que se ve perdido en ella. No puede ser casual que, si unas expresiones —las citas en según qué soportes— ironizan frente a lo que llamamos alta cultura, otras se relacionen, en efecto, con los manuales de autoayuda. Y algo tienen que ver unas y otras con la confesión, pues en cierto modo exponen a la luz pública la identificación con esa verdad particular, en no pocas ocasiones irónica o humorística. Naturalmente, quien las ostenta confía en ser aceptado, imitado o incluso admirado. En el fondo, siempre se espera respaldo por parte de un grupo.

En conclusión, parece que nos encontramos ante la continuación en el presente de formas del didactismo histórico, el de la escritura, que se despliega en sentencias, máximas o aforismos. Pero es un conjunto que se ve sometido al mundo de la globalización, que se manifiesta a través de la variedad de lenguas y el rebajamiento de lo que ayer eran lenguas clásicas a una alternancia con las modernas que tiene algo de irónico. Se ve sometido además a la poderosa tendencia actual a convertir todo en espectáculo, lo que se aprecia en la variedad de soportes físicos para la escritura. Y convive muy bien con la ley de la multiplicación e intensificación de estímulos. Como un nuevo y sorprendente avatar de formas muy antiguas.

## Referencias bibliográficas

Beltrán Almería, Luis, *GENVS. Genealogía de la imaginación literaria. De la tradición a la Modernidad,* Barcelona: Calambur, 2017.

Blanco, Emilio, «Introducción», en Setantí, Joaquín, *Centellas de varios conceptos*, ed. Emilio Blanco, Barcelona: UIB, pp 13-77, 2006.

Erasmus von Rotterdam, «Adagiorum Chiliades», en Erasmus von Rotterdam, *Ausgewählte Schriften*, ed. Theresia Payr, Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, pp. 358-633, 1990.

Gracián, Baltasar, *Oráculo manual y arte de prudencia*, ed. Emilio Blanco, Madrid: Cátedra, 2005.

Pérez Reverte, Arturo, «Si no eres feliz es porque no quieres, gilipollas», *Zenda*, 16 de mayo, 2024, <https://www.zendalibros.com/perez-reverte-si-no-eres-feliz-es-porque-no-quieres-gilipollas/>. (Consultado el 16-IX-2024).